

JOAQUIN V. GONZALEZ, EL SOÑADOR

No era hombre de multitudes. No fue orador de verbo encendido ni demagogo ansioso de acariciar los sentimientos epidérmicos de las gentes. Tuvo el pudor y la fineza de los elegidos. El recato de los tocados por el don de la belleza. Por ello, colocado siempre en altos y honrosos destinos, mantuvo transparentes los cristales de su carácter y la pureza de sus sueños.

Cuando abandonó su comarca nativa, —Nonogasta,— la de su canto, en donde había nacido el 6 de marzo de 1863, fue para buscar en la ciudad de Córdoba, la de los afanes estudiantiles, fuente para sus ansias de madurez y de aprendizaje.

Bachiller en el colegio de Montserrat, doctor en leyes en la casa de altos estudios que fundara Trejo y Sanabria, periodista, escritor y poeta, todo lo realizó en los años en que su pasión por saber más y mejor hicieron de Joaquín V. González el estudioso sin cháchara y el amante de los libros, con fruición y deleite.

Ya, entonces, pudo decir evocando a Terencio: “Soy hombre, y nada de cuanto es humano me es extraño”. Sin contar con la edad constitucional, es elegido diputado, mandato que interrumpe para hacerse cargo de la gobernación de su provincia. A partir de tal hecho, acaecido en el año 1886, hasta el de su muerte, en 1923, fue, además, senador nacional, ministro del Interior en la presidencia de Roca, de Justicia e Instrucción Pública en la de Quintana y miembro del Consejo Nacional de Educación. En estos, como en todos los cargos que des-

empeñara, —que fueron muchos y representativos—, supo evidenciar que, a diferencia de la gran mayoría de los casos, él honró con su talento, su probidad y su ingenio, a cada uno de los puestos que ocupara.

Mucho antes de que sus profundas y arraigadas inquietudes de bien público señalaran sus perfiles, el escritor de fina prosa, de fervor romántico, de belleza y armonía, cumplió con el mandato impostergable de sus voces interiores. En 1888 publicó “La Tradición Nacional”, su primer libro de trascendencia, después de haber difundido “Canto de invierno” en 1883 y “Rimas” en 1885. Con esta obra, la primera de las suyas de envidia y reciedumbre, Joaquín V. González se revela como un profundo sociólogo, que se adentra en el alma del paisaje y de la tierra, a través de sus mitos y sus hombres y que anuncia, en su canto de amor a la piedra, el pájaro y el árbol, la presencia posterior de “Mis Montañas”, en 1893, libro en el cual, para ubicar el presente argentino, González se interna en los orígenes de los pueblos americanos indígenas, en sus costumbres y sus cantos, hasta esclarecer la influencia que, en definitiva, ejerciera sobre el proceso formativo del país. Por ello bien pudo decirle Rafael Obligado: “Me pongo de pie para saludar en “Mis Montañas” al advenimiento de los Andes a la literatura patria”.

En todo el resto de su producción literaria, —“Cuentos”, “Patria”, “Historias”, “Ideales y caracteres”, “El juicio del siglo”, “Bronce y lienzo”, “Cien poemas de Kabir”, “Música y danzas nativas”—, está presente la unidad artística, esa misma unidad de concepto y de sentimiento que presta a toda su labor espiritual un contenido y una expresión de belleza.

Quien conociera la vena lírica de su obra y lo contemplara, a la vez, preocupado por altos y difíciles problemas del país, podría dudar de que en esa figura de fina sonrisa un tanto triste, de ojos habitualmente eternados y de palabra pausada, se albergara un soñador, un lírico, un hombre cor-

dial y bueno que se alimentaba de quimeras y nutría su existencia con la savia de sus propios sueños.

Mariano de Vedia lo recordaba en la época en que, alta la noche, daba fin a sus tareas de periodista en la redacción de "La Prensa", para recién entonces y hasta el alba, dedicarse, feliz, a su labor de escritor infatigable. Cuando la ciudad dormía Joaquín V. González, señor en su reino de libros y papeles, prendía la lámpara de su mesa y reanudaba la página trunca, la traducción interrumpida o la lectura de Tagore o de Omar Khayyán.

¡Qué bien cuadraban a este superior ejemplar humano, las palabras de Sófocles en boca de Antígona: "No nací para compartir odio sino amor!".

Por amor a los aspectos más nobles de la vida, Joaquín V. González, en medio de un torbellino de áridos asuntos oficiales, pudo ocuparse de "El Libro de los Paisajes", de Lugones; pudo hablar sobre danzas y músicas nativas; comentar la obra y la figura de Martiniano Leguizamón; pudo dialogar, en sus fábulas, con los animales, los pájaros y las plantas y pudo fundamentar, en el Senado de la Nación, con bellas palabras, su proyecto de pensión vitalicia para Almafuerte. "El país necesita estimular, —dijo González, entonces, con su voz pausada pero grávida de contenido—, este linaje de espíritu y mostrar que no es lo que cree la opinión común, un país dedicado sólo a la mercancía, a la industria y al trabajo lucrativos, sino que sabemos mantener vivo el culto de la belleza por el estímulo a nuestros poetas y artistas".

Algunas almas pequeñas le reprocharon sus afectos románticos, que consideraban en pugna con sus graves funciones de gobierno. La respuesta no tardó en ser escuchada: "No me avergüenzo, ni escondo, mi culto por la poesía, el arte, la belleza, aun en medio de las más prosaicas y rudas tareas de la vida combativa, política, docente y profesional. Aquel amor ideal, —agregaba—, es una fuerza superior a la del interés, a la de la ambición, a la del poder, a la de la celebridad".

Por eso, para defenderse de la miopía mental de unos y

de la estulticia de otros, fue adquiriendo ese aspecto de hombre que dormita, ajeno a las voces sin resonancias, a las frases sin ideas, a las figuras huecas y tediosas. A todos ellos, como Roca, "les dejaba la cara y se iba".

El lápiz travieso de los caricaturistas, jugueteó durante toda su vida con lo que fuera su clásica actitud de hombre somnolento, pero, por ventura, bien se sabía, que era uno de los pocos ciudadanos que velaban por los destinos de la Nación. Soñando despierto, pudo abstraerse mentalmente de las ruedas que no le interesaban y remontarse, en sus magníficos vuelos, hasta las regiones en que gestaba las más brillantes expresiones de su talento .

A los hombres jóvenes de nuestros días, conviene recordarles cual fue el ideario político de Joaquín V. González. Constituye todo un programa que enunciado en 1918 conserva su total actualidad. "Gobernar con la Constitución, —decía González—, restaurar la cultura, educación política y el legado de progresos heredados de las generaciones anteriores, levantar de la humillación y postración a las provincias, restablecer nuestra política externa tradicional, sobre las bases de nuestro mayor valimiento nacional y solidario en América y Europa; acentuar el valor moral, intelectual y político de nuestra democracia y arreglar sobre bases firmes para el progreso y la paz de la Nación, el problema social".

Con sencillez, con palabra lenta pero honda, hablaba de cosas elevadas. Sin empaque, con la sabia humildad de todos los hombres de "un lungo studie e un grande amore". Era un humanista, un polígrafo, un erudito, al que el Eclesiástico había enseñado a desdeñar las vanidades y a buscar la dicha junto a los goces puros del espíritu. Arturo Capdevila lo tiene dicho: "Las grandes piedras gustaban de acogerlo a su sombra. Los grandes cerros gozábanse en mostrarle sus más lejanos horizontes".

Desde su juventud demostró la sinceridad de su sentir democrático y a pesar de las modalidades de su carácter reservado, inclinado siempre a la meditación serena, reacciona-

ba, angustiado, contra todo lo que significaba una injusticia o aquello otro que afectara la dignidad del fuero humano. En su obra múltiple de político, de gobernante, de educador, se destacó por el soplo vivificante de su invariable frescura espiritual, de su idealismo de soñador, que solo pudo quebrantar la muerte.

Joaquín V. González no contó con el sortilegio de la palabra, no encandiló con el malabarismo de la oratoria. No fue discípulo de Demóstenes. Sus discursos no se aplaudían por las luces verbales, pero pocos oradores fueron escuchados con más respeto, pendientes de sus ideas concisas y medulares. Sin relumbrón, con sencillez, con la misma pureza con que construía todos los actos de su vida, desprovista de cálculos y especulaciones, así iba desgranando lentamente su pensamiento.

Era modesto y solo confiaba en los méritos limpios, producto del trabajo honrado. Eduardo Wilde, que conocía la severidad de su juicio en lo atinente a la producción intelectual, le dijo cierto día, con su fino humorismo y el sentido cáustico de la palabra: "Escriba un libro grande, que pese como el de X, siquiera unos 1985 gramos. Los suyos tienen el defecto de pesar sólo 512 gramos, y sus conciudadanos no lo van a apreciar bastante..."

Siendo Ministro de Justicia e Instrucción Pública funda, el 19 de setiembre de 1905, la Universidad Nacional de La Plata, de la que fuera su primer presidente. Impuso su idea contra viento y marea, venciendo escollos y oposiciones de toda naturaleza, pero, —y lo cuenta él mismo—, "cuando más recios eran la contraola y el escollo, mi corazón sonreía, porque se convenía de la bondad de su propósito". Fue la obra de sus amores y de sus desvelos. En ella fructificaron las ideas del educador moderno, abierto a todas las inquietudes de la cultura humana y de las disciplinas más severas. Maestros y alumnos lo rodearon y con el ejemplo de su pasión creadora, la Universidad fue adquiriendo la jerarquía que emanaba de su prestigio y de su firme vocación.

Sintió la mordedura del desengaño y el desafío del adversario de armas mezquinas. En ese terreno Joaquín V. González no sabía combatir. Por eso, superando su amargura; pudo decir a quienes lo entendían: “A mí no me ha derrotado nadie; y aunque así hubiera sido, la derrota sólo habría conseguido hacerme más fuerte, más optimista, más idealista, porque los únicos derrotados en este mundo son los que no creen en nada...”

Sus obras, —literarias, políticas y sociológicas—, pasan de cincuenta tomos. Cuando estando ya enfermo Joaquín V. González, el entonces senador nacional Aybar Augier se propuso presentar en el senado un proyecto de ley, autorizando la publicación de sus obras inéditas, éste se opuso, dirigiéndole la última de las cartas que escribiera: “Le pido, pues, en atención a mi tranquilidad, tan necesaria en esta época tan penosa de mi vida por la larga enfermedad que me tiene postrado hace más de un año, quiera revocar su resolución y reservarse para otro momento que tal vez no tarde en presentarse”.

Conocía su mal. Un mes después falleció. Fue necesario que transcurrieran diez años para que Alfredo L. Palacios pudiera obtener la sanción de una ley que disponía la edición de sus obras completas. “Con este proyecto, —dijo el entonces senador nacional—, rindo el homenaje de mi admiración y respeto al gran argentino que en este recinto, con apariencia de sonámbulo, hablaba como en sueños y para consigo mismo, pero era un formidable hombre de acción cuya labor asombra por su magnitud”.

Al pie de la montaña, en Chilecito, en el solar nativo donde viviera su infancia, levantó su refugio con piedras de la comarca, construyó su Samay Huasi, Casa del Reposo, en idioma quichua. Allí pensó, escribió y tradujo los poemas de Kabir; allí encontró solaz para su espíritu en horas de angustia y allí renovó sus energías afectadas por el desgaste implacable en la urbe afiebrada. Soñó siempre con volver, para cuidar la parra, el naranjo y el rosal y estar en diaria confi-

dencia con la tierra en donde dormían sus padres. Fue en Samay Huasi en donde, panteísta y poeta, pudo decir:

“Y mientras voy podando como al azar mis rosas,
“ellas me van diciendo cosas... maravillosas”.

Por ello, cuando vio cercana la hora de su muerte, expresó un deseo: “Es triste morir entre cuatro paredes. Querría irme a Chilecito, para tirarme bajo de un árbol, a morir en la montaña. El alma ha de volar mejor a su luz, bajo el cielo...” He aquí lo penoso. Este ciudadano eminente, al que el país adeudaba toda una vida de nobles afanes y hondos desvelos, no pudo realizar su último anhelo. Se lo impidió su pobreza. Era muy costoso, para sus escasos medios económicos, trasladarse con toda su familia.

Murió, pues, en Buenos Aires, el 21 de diciembre de 1923, a los sesenta años de edad. Como todos los grandes de nuestra historia, como Alberdi, Sarmiento y Mitre, murió pobre de bienes materiales, pero como ellos, nimbado por el prestigio de su vida austera, limpia y levantada. Tres años después sus restos fueron conducidos a su tierra bien querida, acompañados de una comitiva de profesores, artistas y escritores, presidida por el entonces Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Dr. Antonio Sagarna.

“La urna vacía”, aquel soneto en que Joaquín V. González anunciaba su póstumo descanso a la sombra del Famatina, había recibido, con la congoja del país, a su ilustre destinatario.

“En la cripta de piedra de líneas taciturnas,
con amor de santuario yo conservo tres urnas
dos con caros despojos, la tercera vacía.

“Padre”, “madre”... ¿Y la otra? ¿La letra está borrada?
La ecuación está trunca, más la cifra está hallada:
¡esperadme; ya parto; voy a grabar la mía!

SALOMON WAPNIR
Pasteur 63, 5.º A. - Buenos Aires



VENDEDORA DE HUACOS
pluma de
César López Claro

